

hacer el bien y prontos para dañar haciendo obras malas; y así como las cañas solo se alimentan á las orillas de los rios, así tambien nosotros no gustamos ni apeteceamos mas que las cosas transitorias del mundo que pasan corriendo y desaparecen.

## II.

Veamos otro pensamiento que este mismo símbolo ha sugerido al expresado Santo: "Si arrancais la caña de la tierra; si la despojais de las hojas "que no le sirven (como debemos despojarnos por nosotros mismos del "hombre viejo y de sus actos), y si la colocais en los dedos del diestro escribano que la dirige, esa caña será trasformada en aquella pluma de que "hablaba David en uno de sus salmos, diciendo: Mi lengua es como la "pluma del escribano que escribe con velocidad."<sup>1</sup>

"¿Y cuál es esta pluma en el pensamiento del Salmista sino el mismo "Jesucristo que imitó á la caña en la enfermedad de su carne, pero que con "esa carne enferma ha explicado magníficamente toda la série inmensa de "las voluntades divinas de su Padre?"<sup>2</sup>

"¡Oh hombre!—continúa San Ambrosio—procura siempre que tu carne, "aunque enferma, imite esa caña que llegó á ser la pluma del escribano, "cuidando de no mojarla en la tinta, sino en el espíritu de Dios, á fin de "que vuestros escritos duren eternamente, siguiendo la expresion del gran "de Apóstol á los de Corinthio: "Nuestra carta sois vosotros, escrita en "nuestros corazones, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios."<sup>3</sup>

## III.

La caña es el emblema de la debilidad, como queda dicho, y cualquiera que sea la orgullosa presuncion de los poderosos y de los que se juzgan dichosos en el siglo, nunca son más que una débil caña, y por lo mismo, no merecen confianza: porque cual las cañas, se doblan y se rompen, y que rotas una vez, hieren la mano que se apoya en ellas.<sup>4</sup>

Esta imágen que acabamos de tomar del libro de Isaías, es en sumo grado verdadera. Porque ¿quién es el hombre que por experiencia propia no ha tenido de ella la más amarga prueba? ¡Oh Dios mio! ¡El mundo me habia parecido á lo léjos de una belleza y de un encanto tan seductor, que su misma ligereza y locura me lo hacian más apetecible; mas era la caña cuyas ondulantes y verdes hojas eran acariciadas por las aguas en las orillas del rio, y luego comprendí que sus alegrías eran efímeras, y vanos sus placeres; no eran más que la caña que apenas está verde cuando comienza á secarse; mas á pesar de este conoci-

1 Ps. XLIV, 2.  
2 2 Corint. III, 2.  
3 Com. lib. V, in Evang. Luc. cap. VII.  
4 Isa. lib. XXXVI, 6.

## LA CAÑA.

Debilidad de la caña.—Juan Bautista no era una caña.—La pluma del escribano que corre con velocidad.  
La caña que hieren la mano.—Jesucristo no rompe la caña cascada.  
La caña entre las manos del Salvador.—La vara de hierro y la caña de oro.

## I.

QUÉ cosa más débil que la caña! Se inclina por el lado que le sopla el viento, y á su fuerza se mantiene doblegada; y si el huracan no la destroza, queda en tan triste estado, que nada puede resistir, y por lo mismo, viene á ser juguete de los vientos.

No era en verdad una caña el Precursor Juan Bautista, quien para conservar intactas la verdad y la justicia, no temblaba delante de la muerte; y por eso el Salvador, queriendo exaltar el mérito de este grande hombre, en presencia de las turbas, les preguntaba: "¿Qué salisteis á ver en el desierto? acaso alguna caña agitada por el viento?"<sup>1</sup>

Jesucristo—continúa San Ambrosio<sup>2</sup>—nos prohibia de ese modo imitar á aquellos hombres del mundo, que hinchados por el espíritu de la carne, y vacíos de toda virtud interior, se enorgullecen con las glorias vanas del siglo, dejándose llevar de un lado á otro por la fuerza que los impele, asemejándose á las cañas agitadas por los vientos, y á aquellas otras que se engalanan como con un collar de hojas flotantes, ó como de una cabellera, y cuya vara rugosa está cubierta de nudos; con aquellas cañas, en fin, que al agitarse producen un ruido hueco y sonoro, que para nada sirven, que alguna vez hieren; vacías por dentro y con muy poco lustre por de fuera.

¡Ay de mí! Tambien nos parecemos más á las cañas, porque como ellas, nuestra débil y enferma naturaleza no tiene raíz. Al primer soplo del viento de la prosperidad, nos sentimos arrebatados por un movimiento vago, golpeando de izquierda á derecha todo lo que nos rodea, impotentes para

1 Mat. XI, 7.  
2 Com. lib. V, in Evang. Luc., cap. VII.

miento, todavía la quiero y cifro en ella mis esperanzas, pidiéndole su apoyo para mi felicidad en el porvenir. . . . ! ¡Ay de mí! al obrar de este modo, veo desde luego que la caña se dobla y despues se rompè. Entónces he acabado de persuadirme de lo grave de mi mal. El mundo, disipando mi espíritu, había desviado mi corazon del amor puro y verdadero, queriendo al fin arrebatarme para perderme. . . . ¡Oh Dios mio! la caña, rompiéndose, había herido mi mano.

IV.

El hombre es débil como una caña. ¡Ay de mí! y lo que es más, una caña indócil, puesto que su debilidad se mide especialmente por sus faltas. Frecuentemente viene á caer impulsado por alguna pasión mala, por alguna tentación ó capricho; y se doblega para ofender á Dios: ¡oh! ¡y cuán culpable es esta debilidad! ¡No le sobra á Dios entónces derecho para romper esta caña? Mas aquí es precisamente donde se pone en claro y brilla á nuestra vista la bondad maravillosa de Jesucristo. Él no vino al mundo para salvar al justo sino al pecador; no vino por los cedros sino por las cañas.

Una de las señales proféticas por las cuales se anunció al mundo su aparición, es esta: "No romperá á la caña cascada." <sup>1</sup> *Arundinem quassatam non confringet*; y Él mismo se aplica esta palabra del Profeta.

Qué encantadora es vuestra bondad ¡oh dulce Jesus! Quebrantado y vencido por mis propias culpas, vengo ahora sin temor á Vos, porque sé que léjos de castigarme, curareis mis llagas, y cuando el borrascoso viento de las maldades me haya inclinado hasta la tierra, sostenido por Vos, levantaré la frente para bendeciros y alabaros.

V.

En la historia de la Pasión del Salvador leemos que los judíos, burlándose de su reinado, pusieron sobre las espaldas de Jesus un vil andrajo de púrpura; rodearon su cabeza con una corona de espinas y colocaron en sus manos una caña. <sup>2</sup> "Esta caña—dice San Gerónimo, recordando la interpretación de San Ambrosio—la tuvo Jesucristo en sus manos para escribir el "sacrilegio de los judíos." <sup>3</sup> Pero en la inteligencia de este pueblo impío, esa caña simbolizaba un cetro. ¿Y por qué? A esto responden San Ambrosio <sup>4</sup> y San Hilario: <sup>5</sup> "Que las naciones se parecían á la caña agitada por "el viento; y que Jesucristo la tomó en sus manos para afirmar la debilidad del mundo, cuyo cetro le fué conferido para que fuese estable."

1 Isai. XLII, 3; Mat. XII, 20  
2 Mat. XXVIII, 29.  
3 In Mat. loc. cit. in Cat. aurea.  
4 Com. in Evang. Luc. loco cit.  
5 Mat. VII, 14.

VI.

La caña de oro de que se sirve el Angel del Apocalipsis para medir la Jerusalem celestial, inspira á San Ambrosio este pensamiento: "El Señor—dice este Santo—al imponer su voluntad soberana á las naciones "rebeldes, se sirve para conducir las de la vara de hierro; pero no emplea "sino la caña de oro para los habitantes de la celestial Jerusalem. <sup>1</sup> Mas no "solamente en el cielo se sirve diariamente Dios de la vara y de la caña: "para acá abajo usa de la vara de hierro, cuando dice en el Evangelio: "El camino que conduce á la vida es estrecho:" <sup>2</sup> y nos habla de la caña de oro, cuando agrega: "Sabed que mi yugo es suave y mi carga ligera." <sup>3</sup> ¡Oh Jesus! Comprendo que mis faltas han merecido la vara de hierro; pero mi flaqueza la teme y se espanta: solo de vuestra misericordia puedo esperar la caña de oro; esa caña llena de suavidad y de dulzura en la que brilla tanto vuestra infinita sabiduría. Obrad conmigo, Señor, no como un Dueño severo y cruel, sino como un Padre tierno y amoroso, rigiéndome con la caña de oro.

1 In Mat. loc. cit. in cat. aurea.  
2 Mat. XI, 30.  
3 In cap. XXI, Apoc.

IV

La cana de oro de que se sirve el Ángel del Apocalipsis para medir la Jerusalén celestial, inspira a San Ambrosio este pensamiento: "Por—dice Santo—al imponer su voluntad soberana a las naciones rebeldes, se sirve para conducir las de la vara de hierro; pero no para sino la cana de oro para los habitantes de la celestial Jerusalén." Mas no solamente es la cana de oro y de la cana: "para así usar de la vara de hierro, cuando dice en el Evangelio: "El camino que conduce a la vida es estrecho y mi camino es más estrecho que el camino que conduce a la vida."

# LOS ABROJOS

## Y LAS ESPINAS.

El castigo del pecado.—El campo del perezoso.—La viña culpable.—Las espinas de la compuncion.— El vallado de espinas.—El pecado.—Las falsas doctrinas.—¿ Qué hacemos de las espinas y de las zarzas?—Las riquezas y las seducciones del siglo.—La corona de espinas.—El trigo y las espinas.

### I.

UNA de las primeras palabras que el hombre pecador oyó de la boca de Dios, fue esta: "La tierra producirá para tí, espinas y abrojos." <sup>1</sup> "Esto no quiere decir, como observa San Agustin, que Dios no las hubiera creado antes de la caída de Adán, sino que ellas iban á ser mucho más sensibles en el trabajo que se le había impuesto al hombre como castigo de su pecado." <sup>2</sup>

Para lo sucesivo, el hombre quedó sentenciado á la dura necesidad de arrancar los abrojos y las espinas de su campo. El perezoso teme y rehusa este trabajo; y por lo mismo, dice el Señor por boca del Sabio: "Pasé por el campo del perezoso, ví que estaba lleno de ortigas, y que las espinas habían cubierto su superficie." <sup>3</sup>

### II.

Esto mismo sucede en el órden espiritual: tambien los abrojos y las espinas cubren la superficie del campo del Señor. Mas el alma laboriosa procura arrancarlas para conseguir así sus frutos. El alma perezosa, por el contrario, las deja crecer, y en castigo de su indolencia, su campo permanece estéril.

Isaías dirige á la viña infructuosa esta terrible amenaza: "Los abrojos y las espinas la cubrirán." <sup>4</sup> ¿Y por qué? San Gerónimo responde di-

1 Gen. III, 18.  
2 De Gen. ad litteram lib. III.  
3 Prov. XXIV, 31.  
4 Isai, V, 6.

ciendo: "Para que el alma que no ha querido reconocer los beneficios de Dios, llegue á comprenderlos por medio de los castigos, ó que al ménos, espantada por la terribilidad de las penas que la amenazan, venga á refugiarse en los brazos de la penitencia." <sup>1</sup>

### III.

¡Oh! ¡qué buenos son los castigos del Señor y qué útiles son sus espinas! Veamos lo que sobre el particular nos dice el Profeta Rey: "De dia y de noche me hicisteis sentir, ¡oh Dios mio! el peso de vuestra mano: violentas agitaciones y crueles remordimientos de conciencia, á manera de espinas, me punzaban y me hacían revolver de una á otra parte, sin hallar paz ni sosiego en cosa alguna." <sup>2</sup>

"Está mano pesada y terrible del Señor—continúa San Agustin—es el disgusto de la humillacion que me condujo al servicio de mi Dios. Era yo miserable, pero me hirió la espina, y entónces mi corazon se movió al arrepentimiento." <sup>3</sup>

La espina nos lastima ordinariamente de una manera saludable. Un cerco de espinas sirve de resguardo en nuestro campo; "porque donde no hay cerca será robada la heredad,"—dice el Eclesiástico. <sup>4</sup> Y para fortalecer el Señor á su pueblo contra los peligros que le amenazaban, les decia por boca de Osseas: "Yo cercaré tu camino con espinas." <sup>5</sup> "Y en verdad"—continúa San Gerónimo—que los males con que nos aflige la Providencia vienen á ser un freno que contiene nuestros deseos; y el yugo de las calamidades, nos precisa y estrecha para hacernos volver al servicio del Señor." <sup>6</sup>

¿Por qué nos quejamos tanto de las espinas? ¡Entre ellas florece el lirio!

### IV.

Acabamos de ver que las espinas, en tanto que nos figuran las tribulaciones de la carne, son el castigo del pecado, y además, un preservativo contra él. "Pero las espinas que hieren y desgarran nuestra alma, según San Gregorio, no son otra cosa que el pecado mismo, porque todo pecado es una espina. *Spina est omne peccatum.*" <sup>7</sup>

Además, San Juan Crisóstomo nos advierte: "que la Santa Escritura dá ordinariamente al pecado el nombre de espina, y por esta razon dejó escrito: que toda tierra que ha recibido el agua del cielo y que no pro-

1 In Isai. lib. II, cap. V.  
2 Ps. XXXI, 4.  
3 In Ps. XXXI, Enar II, 15.  
4 Eccli. XXXVI, 27.  
5 Ossee. II, 6.  
6 Mor, lib. XX, cap. X.  
7 S. Greg. ut supra.

“duce más que abrojos y espinas, es una tierra reprobada y dispuesta á ser maldita.”<sup>1</sup> Añadiendo este Padre de la Iglesia, “que en el lenguaje bíblico, las espinas significan igualmente las doctrinas falsas é impías que dañan en gran manera nuestra alma; y de tal carácter son aquellos abrojos y espinas, que el Salvador nos dice: “que nunca se puede recoger de ellos higos ni uvas:”<sup>2</sup> porque las uvas nos figuran los misterios de Cristo y los gozos de los Santos; y los higos, son el símbolo de la dulzura del Evangelio y la unción de la caridad.”

## V.

¿Qué hacemos de los abrojos y de las espinas? Se arrancan y se queman.

El Espíritu Santo nos advierte que los pecadores serán arrancados como las espinas; añadiendo por boca de Isaías: “que la impiedad será encendida como una hoguera para devorar los abrojos y las espinas.”<sup>3</sup>

## VI.

Explicando Jesucristo á sus discípulos la parábola de la semilla, se expresaba en estos términos, respecto de las espinas: “La semilla que cayó entre las espinas, significa á aquellos que escuchaban la palabra de Dios, pero que en seguida la ahogaron por las seducciones de las riquezas y de los placeres de la vida, de manera que no produjo fruto.”<sup>4</sup>

En estas palabras del Evangelio se apoya San Gregorio para mostrarnos que Jesucristo mismo quiso darnos ejemplo de este lenguaje figurado. “¿Quién de vosotros—sigue diciendo este Santo—hubiera dado crédito y tenido confianza en mis discursos, si me hubiera atrevido á enseñar por mí mismo que las espinas significan las riquezas, cuando por el contrario, parece evidente que las espinas hieren y las riquezas son un gran bien? Y sin embargo, ved aquí cómo Jesucristo nos asegura de una manera positiva que las riquezas son espinas que desgarran el alma con sus agudas puntas, que la arrastran al pecado y le hacen ordinariamente heridas horribles.”<sup>5</sup>

## VII.

Luego que Pilatos hubo pronunciado la sentencia de muerte contra Jesucristo, tejieron los judíos una corona de espinas y la colocaron sobre la cabeza del Salvador, diciéndole: “Dios te guarde, Rey de los judíos.”<sup>6</sup>

<sup>1</sup> Hom. XV, in Evang.

<sup>2</sup> Math. VII, 16.

<sup>3</sup> Isai. IX, 18.

<sup>4</sup> S. Luc. VIII, 14.

<sup>5</sup> Hom. XV, in Evang.

<sup>6</sup> S. Mat. XXVII, 29.

“Esta corona, según la opinión de San Ambrosio, en la intención de los judíos, era un insulto y un ultraje á Jesucristo; pero en realidad, ellos no hicieron más que coronar sus virtudes.”<sup>1</sup>

Siguiendo la exposición del mismo Santo Doctor, las espinas de la corona del Señor no fueron otra cosa sino las de nuestro propio corazón, esas espinas que ahogan la palabra de Dios, esto es, los afanes por las riquezas y las obras de pecado. “No imitemos, pues, á los judíos—prosigue hablando el Santo—y no lastimemos la frente de Jesucristo con nuestras faltas, que la herirán más profundamente que las puntas aceradas de nuestras espinas.”<sup>2</sup>

San Gerónimo, que adopta una interpretación muy semejante, agrega: “Enclavadas en la cabeza del Salvador estas espinas, vinieron á ser una diadema, y como la señal y el trofeo de su victoria sobre el pecado.”<sup>3</sup>

## VIII.

El Profeta Jeremías hablaba así á los judíos infieles: “Sembrásteis trigo y no habeis recogido más que espinas.”<sup>4</sup>

El trigo que habían sembrado los judíos les venía del Señor, porque el buen grano es su divina palabra; las espinas vinieron de la malicia de ellos, “porque tu pérdida ¡oh Israel! viene de ti.”<sup>5</sup>

Alguna vez me parece, cuando estoy al pie del Tabernáculo, que el Divino Salvador me dirige una queja casi semejante, diciéndome: “Yo he sembrado trigo y no he segado más que espinas.”<sup>6</sup> He sembrado en tu corazón el trigo de la Eucaristía, ¡ay de mí! ¿y qué he recogido? Solo espinas... Tú has correspondido á mi amor con indiferencia, y á mis beneficios con ingratitud.

Es verdad, Señor: la tierra maldita de mi corazón no ha producido hasta hoy más que espinas y abrojos; pero desde ahora voy á arrancarlas, porque no hay una sola que no sofoque vuestra divina semilla y que no sirva de estorbo para producir los frutos que tanto deseáis.

<sup>1</sup> Serm. in fest. S. Cipriani Mart.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Hier. Cat. aurea. in cap. XXVII, Mat.

<sup>4</sup> Jer. XII, 13.

<sup>5</sup> Ossee. XIII, 9.

<sup>6</sup> Jerem. XII, 13.

## LOS HUERTOS.

El Paraíso terrestre.—El huerto de Gethsemani.—El huerto de la Iglesia.—El alma fiel.—La caridad. María.—El divino Hortelano.

### I.

CUANDO Dios creó al hombre, y cuando sobre esta tierra que iba á ser su reino quiso señalarle una habitación, lo puso en un huerto.<sup>1</sup>

El Creador había reunido en el Eden todos los primores de la naturaleza: por todas partes las flores más esquisitas, por todos lados los árboles más deleitables á la vista y más regalados en sus frutos; además, un rio que salía de aquel centro de delicias para regarlo y refrescarlo.

No quiso Dios que el hombre estuviera solo gozando de aquella rica mansión, y le dió entonces una compañera. Adán y Eva se paseaban entre las frescas sombras de los árboles, por las orillas del rio y por entre la multitud de tantas y tan bellísimas plantas que la mano divina del Señor se había complacido en adornar con tanta pompa y magnificencia; y Dios mismo no se desdeñaba de pasearse por allí en compañía de ellos.

¡Ay de mí! En medio de las delicias de ese Paraíso terrestre no tardaron en pecar nuestros primeros padres. Entonces Dios los arrojó del Eden, y hoy, nuestros más bellos huertos no vienen á ser otra cosa sino una imagen débil de aquel hermosísimo Paraíso.

### II.

“El pecado—dice un padre de la Iglesia—fué cometido en un huerto y fué expiado en otro huerto.”<sup>2</sup>

Luego que el Salvador hubo instituido la Eucaristía y dirigió á sus discípulos aquel sublime discurso de la cena, atravesó con ellos el torrente Cedron. El lugar donde llegó en compañía de los apóstoles era un huerto: y ahí fué también donde vino Judas á prenderle.

<sup>1</sup> Gen. II, 8.

<sup>2</sup> Alcuin. Cat. aurea.

Huerto triste y muy diferente de aquel en que el Creador había puesto á Adán; huerto estéril que no producía mas que espinas para coronar la cabeza del Hombre Dios. Pero al mismo tiempo, huerto saludable y mucho más precioso para nosotros, que aquel en que el Señor dispensó á nuestros primeros padres tantos bienes y tantas riquezas, pues iba á ser tan fecundo en flores y frutos.

Si las flores son el símbolo de las virtudes y si los frutos significan las buenas obras, ¿qué flores podrán compararse á la humildad, á la paciencia y á la caridad de todo un Dios? ¿Qué frutos más sazonados y más sabrosos que los sufrimientos de su Pasión?

Agreguemos á esto, que el Paraíso terrenal no poseía el árbol de la vida mas que en figura, mientras que en el huerto de Gethsemani existía realmente extendiendo á todos los hombres sus frondosas ramas para abrigo y alimentarlos con sus frutos.

Contemplando á Adán y á Eva solos en posesión del Paraíso terrenal, y cuya caída bastó para llevarse tras de sí á toda la humanidad, consideremos al nuevo Adán, que es Jesucristo, penetrando solo en lo más retirado del huerto de la expiación, para satisfacer por nuestras culpas. Ahí, Él solo ora, Él solo gime y Él solo agoniza, porque, como dice Isaías, “no hubo quien lo ayudara.”<sup>1</sup> Pero si Adán y Eva fueron vencidos en el Paraíso, Jesucristo salió vencedor en Gethsemani; si nuestros primeros padres arrojados del Paraíso, no legaron á su posteridad mas que una tierra estéril y maldita, Jesucristo nos labró un huerto, que es la Iglesia, mucho más rico y fecundo que el primero.

### III.

“¡Huerto cerrado eres, Hermana mia, Esposa mia!”<sup>2</sup> Así nos habla el Esposo de los Cantares. ¿Y quién es esta Hermana y esta Esposa sino la Iglesia? “Ciertamente es la Iglesia—dice San Agustín—que está en posesión de las rosas del martirio, del lirio de la pureza, de las yedras de la unión conyugal y de las violetas de la viudez.”<sup>3</sup>

La Iglesia es un verdadero huerto. Explicando aquella otra palabra de los Cantares que se aplica á Jesucristo, “Yo soy la flor del campo,”<sup>4</sup> diremos con San Bernardo: “Entre el campo y el huerto hay esta diferencia: que el campo no tiene necesidad de ser cultivado por el arte, mientras que el trabajo y el cultivo son indispensables para el huerto.”<sup>5</sup> La Iglesia no sería, como es, un huerto hermosísimo, si no hubiera sido admirablemente cultivado. Este es el huerto que plantó Pablo, que regó Apolo; pero cuyo crecimiento y lozanía solo se debe á Dios.

<sup>1</sup> Isai. LXIII, 5.

<sup>2</sup> Cant. IV, 12.

<sup>3</sup> Serm. CCCIV. in solem. Laurentii Mart. III, 2.

<sup>4</sup> Cant. II, 1.

<sup>5</sup> In. Cant. Serm. XLVII.

¡Cuánto cuidado tiene la Iglesia por nuestras almas! Siempre que están débiles y enfermas, las robustece y las afirma, procurando aligerar al rededor del alma todo lo que puede serle nocivo, y ella es el único huerto donde esas plantas inmortales se desarrollan y engrandecen.

El huerto cerrado de la Iglesia está guardado por el mismo Jesucristo contra los ataques del infierno. Así es que ni la incredulidad podrá herir la verdad de sus dogmas, ni los pecados de los hombres la pureza de su moral, porque su disciplina y enseñanza le forman una muralla de tal solidez, que ni la heregía, ni la infidelidad, podrán traspasarla jamás.

## IV.

Toda alma fiel es hermana y esposa de Jesucristo, y por esta razón se puede comparar al huerto cerrado.

Los huertos son la reunion diversa de plantas que producen flores y frutos. Una sola planta, por hermosa que sea, no es un huerto. Mas tantas cuantas son las almas fieles, se pueden considerar como otros tantos huertos, puesto que cada una reúne diversidad de virtudes que derraman el buen olor de Jesucristo; y por eso el Espíritu Santo produce en cada una de ellas esa asombrosa variedad de tan maravillosos frutos. Por último, el amor divino, al separar nuestra alma de los afectos terrenos, la divide de ellos, como con un muro, dándole al mismo tiempo reglas exactas que vienen á ser el antemural de su huerto. Si queremos que nuestro corazón sea para Jesus un verdadero huerto de delicias, procuremos tenerlo siempre cerrado.<sup>1</sup>

## V.

Mas entre estos huertos de las almas santas, hay uno sobre todos que el Profeta Isaías se complace al describirnoslo. "Cuando abrieres tus entrañas al hambriento y llenares de consuelos al alma afligida, serás como un huerto que siempre está regado."<sup>2</sup>

Este huerto fecundísimo es el de la caridad, que siempre está produciendo diversos y esquisitos bálsamos para curar todas las heridas del alma.

## VI.

¡Y qué huerto ha abundado más en delicias y ha estado mejor cerrado que el corazón de María! Escuchemos las palabras que le dirige el Angel: "Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo;"<sup>3</sup> y las

<sup>1</sup> In serm. XXXVI.

<sup>2</sup> Isai. LVIII, 11.

<sup>3</sup> S. Luc. I, 28.

que agregó Santa Isabel: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre."<sup>1</sup> Si, el huerto de María es el único que ha sabido producir por excelencia la flor divina y el fruto celestial, que es Jesucristo! Verdad es que se turbó á la voz del Angel, que se humilló delante de Isabel, y si bien fué inmaculada desde el primer momento de su concepcion, tambien vigiló y supo guardar con prudencia el grande tesoro que poseia y se le habia confiado. . . . ¡Cuánta pureza, cuánta humildad y vigilancia! ¡Oh María! ¡tú eres el huerto cerrado. . . .!

## VII.

Jesus, despues de su resurreccion, se apareció á María Magdalena, y ésta no le reconoció y le tomó por un hortelano.

"¡Cómo os engañábais, María—observa aquí un comentador—cuando pensásteis que Aquel que se presentaba á vuestra vista era el hortelano del pobre y estrecho huerto que rodeaba el sepulcro! Jesus es el hortelano del mundo, el hortelano de la Iglesia y de las almas."<sup>2</sup>

¡Feliz el alma que Vos, Señor, cultivais; feliz el alma donde Vos entraís como en un huerto predilecto. . . . y feliz, sobre todo, el alma de la que recogeis abundantes frutos! En cambio de nuestros pasajeros frutos, Vos nos prometeis el gozo de las delicias inmortales.

<sup>1</sup> S. Luc. I, 42.

<sup>2</sup> Guerrici Athatis in cant. hom. Qui. habitas in hortis.